



AÑO VOCACIONAL MARISTA

1

Preguntas para reflexionar y compartir:

- Recordando sobre mi propia vocación marista y a la luz de la vocación de María. ¿Cómo su experiencia arroja luz sobre la mía?
- Ante el futuro de mi vida marista y el futuro de la Sociedad de María, ¿cómo se refleja en mi oración la pregunta de María (¿“cómo se hará esto?”).
- ¿Cómo me ayuda la experiencia de la Visitación a ser misionero de Cristo, portador de Cristo a la manera de María?

LA VOCACIÓN DE MARÍA y nuestra propia vocación marista

Lea la narrativa de la Anunciación: Lucas 1: 26-38

En este tiempo de Adviento, con María, nos preparamos para la venida de su Hijo. Para María, esta preparación comenzó con su Inmaculada Concepción, el misterio que celebramos el 8 de diciembre. Ese día, María fue transformada por la gracia de Dios. Esto se manifiesta en la forma en que el ángel Gabriel saludó a María en la hora de la Anunciación: "¡Salve, llena eres de gracia! El Señor está contigo". (Lucas 1:28) La expresión griega *kecharitômenè*, que traducimos como llena de gracia, indica que María ha sido tocada por una gracia única procedente de Dios, un don especial en la hora de su concepción. Ella fue transformada por el amor de Dios y eso tiene efectos permanentes en su persona. La bondad amorosa de Dios la preparó para una misión particular: convertirse en Madre del Hijo de Dios.

María era de origen modesto. Cuando Lucas presenta a los padres de Juan el Bautista, escribe: "En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías del grupo sacerdotal de Abías; su esposa era de las hijas de Aarón, y se llamaba Isabel. Ambos eran justos a los ojos de Dios, y observaban irreprensiblemente todos los mandamientos y ordenanzas del Señor". (Lucas 1: 5-6) Y cuando presenta al prometido de María, habla de "un hombre llamado José, de la casa de David" (Lucas 1:27). María, por su parte, no es de ascendencia profética o real. Lucas ni siquiera dice a qué tribu israelita pertenece María. Solo dice de María que es "virgen" (Lucas 1:27) y que vive en "un pueblo de Galilea llamado Nazaret" (Lucas 2:26). Esta ciudad ni siquiera se nombra una vez en el Antiguo Testamento. Recordemos la reacción de Natanael cuando Felipe le habla de Jesús de Nazaret: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret?" (Juan 1:46)

Como María, somos de origen modesto. Las palabras que san Pablo escribe a los corintios nos vienen bien. "Consideren su propio llamamiento, hermanos. No muchos de ustedes eran sabios para los estándares humanos, no muchos eran poderosos, no muchos eran de noble cuna. Más bien, Dios eligió a los necios del mundo para avergonzar a los sabios, y Dios eligió a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes, y Dios eligió a los humildes y despreciados del mundo, a los que no cuentan para

nada, para reducir a la nada a los que son algo, para que ningún ser humano pueda jactarse ante Dios" (1 Cor 1, 26-29).

Sin embargo, al igual que María, hemos sido llamados por Dios, tocados por su gracia, transformados por la bondad amorosa de nuestro Dios y de María, madre de Jesús. Nuestras constituciones nos lo recuerdan. "Una persona entra en la Sociedad de María [...] participando en la vocación común de la Sociedad, responde a una llamada de Dios y a una elección de María" (CSM § 33). María, "por una graciosa elección (delectu gratioso) los llamó y les dio su nombre" (CSM § 144).

Llamada por el Señor, María permaneció libre para aceptar o rechazar la invitación. Ella le pregunta al ángel: "¿Cómo será esto, si no conozco varón?" (Lucas 1:34). Preguntar: "¿cómo será esto?" significa que uno cree que será y de hecho sucederá. La pregunta de María es una cuestión de fe. Esto será por medio del Espíritu Santo que, como la columna de nube del tiempo del éxodo que descendió y cubrió la tienda de reunión, descenderá y resplandecerá a su alrededor.

Al igual que María, tuvimos que discernir nuestra propia vocación, para permitir que el Espíritu nos guíe en nuestra elección de vida. Debido a que seguimos sus pasos, pudimos decir que sí a nuestra vocación. "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1:38). Al igual que María, estamos llamados a seguir a su Hijo todos los días de nuestra vida, diciendo sí a su amor, acogiendo al Espíritu Santo.

Una vez que dijo "sí" al Señor, "María partió y viajó apresuradamente a la región montañosa", a la casa de Zacarías e Isabel. Llevaba a Cristo dentro de sí misma y es Cristo quien le dio el Espíritu Santo a Juan cuando todavía estaba en el vientre de su madre. Que seamos como María, llevando a Cristo dentro de nosotros para entregarlo a quien nos encontremos. Que nuestra respuesta amorosa a Dios inspire a todos aquellos a quienes Dios nuestro Padre sigue llamando para que sigan sus pasos. Que María continúe cubriendo con su manto amoroso a todos aquellos a quienes da su nombre como herencia.

Yvan Mathieu, s.m.